

MOTIVADO (Febrero 2012)

Anoche, comenté por la mañana en el cambio de turno de guardia del Servicio de Urgencia del hospital, tuve una llamada inesperada. Que yo recuerde jamás ha tenido este hospital una noche tan movidita. Que recibamos llamadas desde otras clínicas o desde los servicios de urgencias de los ambulatorios y hasta de ambulancias, previniéndonos de los enfermos y sus patologías que en breve nos van a ingresar es frecuente, pero solo en raras ocasiones se producen llamadas internas requiriendo nuestra intervención ya que los casos urgentes acaban en la UVI.

Tal era el apuro del Médico Jefe de Guardia que llamó buscando algún tipo de solución que pudiera solventar el problema creado por un enfermo de la planta séptima al que no sabía como controlar.

Su llamada, para extrañeza mía, pedía auxilio en beneficio de la paz y sosiego de quienes aquí están aliviando sus dolencias así como de nosotros, los custodios de las mismas. Nosotros al estar más pendiente de la calle ni nos habíamos enterado. La situación se había descontrolado hasta tal punto que los enfermos amenazaban con una cacerolada desde los balcones, para conocimiento de todo el vecindario cercano al recinto y de los usuarios a motor que circulan por las cercanías, ante la imposibilidad de ser mantenido en una institución hospitalaria como la nuestra uno de los derechos básicos que todo enfermo debe recibir: silencio.

Raro es que un recién operado plantee problemas de orden. Conocidos pueden ser los pequeños altercados propios de unidades que tratan de aliviar el sufrimiento mental, pero que un paciente con grapas uniendo ambos bordes de la incisión, por donde horas previas el cirujano dio con la cura a su padecimiento, provocase tal reacción en cadena, no tenía antecedentes conocidos.

La situación comenzó a ser incómoda cuando el personal de la planta entró en su habitación a retirar la bandeja de la cena y le vio haciendo flexiones de brazos en el suelo. Ante el peligro de que la cicatriz se le abriese le invitaron a dejar tales proezas, le metieron en la cama y le apagaron la tele y la luz.

Al rato no solo volvieron a oír la música de la película que estaban dando en el mismo canal que el enfermo veía mientras hacía las flexiones sino que el sonido repetitivo que procedía de su habitación les hizo correr hasta la misma. Abrir la puerta y sentir el puñetazo del sonido en la cara tuvo el mismo efecto, me relató una de las enfermeras cuando acudió a nosotros para que le valoráramos la mandíbula. El sujeto, según nos contó, andaba saltando como si se hallase en una cama elástica, con tan mala suerte que cuando lo fueron a intentar reducir aprovechó uno de sus saltos y se sentó en una silla, en una de las esquinas, moviendo brazos y cuello como quien relaja la musculatura. Al intuir que para reducir a aquel hombre precisarían de ayuda, tocaron la alarma y su sonido como si fuera una campana lo levantó de la silla, poniéndose a dar saltitos y a golpearse un puño contra otro como si fuese a comenzar un combate de boxeo mientras gesticulaba al ritmo de la banda sonora de la película. Fue al apagar nuevamente la tele que la cosa empeoró al salir el paciente corriendo fuera de la habitación.

La enfermera, entre batida y batida de su mandíbula cual caballo intentando destupir sus oídos, continuó su relato diciendo que los paseos por la planta a enormes zancadas fueron tomando mayor recorrido hasta que acabaron convirtiéndose en auténticas carreras por el pasillo. No contento con ello colocó el carro de la medicación y el que transporta las bandejas con las cenas a cierta distancia uno del otro, sorteándolos en ocasiones corriendo hacia adelante o hacia atrás y otras veces

MOTIVADO (Febrero 2012)

apareciendo su cabeza tras ellos ya por el centro ya por un extremo como si fuera un muñeco de feria al que hay que golpear lanzándole una pelota. Sabiéndose en la planta siete comenzaron las subidas y bajadas por las escaleras del edificio, primero escalón a escalón y luego combinándolos en número y velocidad. De continuar este proceder solo hubiese irritado a uno pocos empleados y usuarios pero no contento con el sudor desplegado vio en tuberías y sistemas de aire acondicionado el complemento ideal para ejercitar los brazos. De esta forma el sonido metálico se propagó por todo el hospital como quien deja caer una barra de halterofilia al suelo en un gimnasio vacío.

Según sus palabras la cosa fue a peor cuando uno de los auxiliares le dijo: ven aquí, espalda plateada y hazme tuyo. Parece ser que el enfermo de la 703 debería haber pasado desapercibido. Un caso para intervención programada de piedras en la vesícula, sin mayores complicaciones. Solo cuando oyeron aparecer por el pasillo, la tarde anterior, aquellos resoplidos nasales capaces de mantener alejada a toda persona que se interpusiera en su camino, y que los mismos pertenecían a aquella mole de negro que bolsa de deporte en mano se dirigió al control de enfermería, se hicieron a la idea de que aquel ser protagonizaría un ingreso distinto. Te has fijado en sus tendones, comentó el auxiliar esa misma tarde cuando ya él se acomodaba en su habitación, si parecen maromas que sujetan músculos como barcas cargadas de energía; y te fijaste en esos brazos tan largos y en esas cejas tan espesas y protuberantes que dejaban el brillo de sus ojos, allá al fondo, como una cueva de piratas iluminada al final de la misma con la luz de un quinqué. ¿Quién lo tuviera en mis brazos para deslizarme por su nariz chata como un tobogán que se abre en esas dos bocanas, que cuando sueltan aire a mi me recuerdan el sonido de las olas al romper en el muro del muelle? Nosotras reímos, me dijo, como a continuación hizo ella cuando le informé de los escasos problemas que a su juicio daría el golpe recibido, ya que el único tercer molar que le quedaba aún permanecía en su lugar. Si él se hubiese estado callado, la cosa no hubiese ido a más, me dijo la enfermera, pero fue llamarlo espalda plateada y el hombre levantó el puño en su dirección amenazándole con dejarlo de un estampido tendido encima de la lona, a lo cual el auxiliar, ni corto ni perezoso le contestó que preferiría mejor debajo si era él quien estuviese encima. El enfermo, indignado, seguramente por no enviarlo a quirófano de un bufido, salió corriendo y a partir de ese instante se perdió la paz en este hospital, con enfermos que se despertaron diciendo que sus camas de pronto temblaron y que les dio la sensación de que por el pasillo anduviese suelto un rinoceronte, y otros que gritaban asustados cuando entraba de sopetón en sus habitaciones, miraba la tele y pareciendo no encontrar lo que buscaba, salía de la misma con la misma furia con la que había entrado, dejando en el ambiente un vaho a sudor de animal acorralado entre las cuerdas.

Reunidos por el Jefe Médico en pequeño comité cada cual aportó a modo de broma, para distender la reunión, su particular solución. Así el traumatólogo se ofreció a que si se lo arrinconaban en un pasillo él lo inmovilizaría mediante el uso de vendas para escayolar. Para el especialista en digestivo la solución pasaba por dispararle jeringuillas cargadas con tranquilizantes usando el rectoscopio como cerbatana. Más ocurrente estuvo el anestesista de guardia quien propuso inhabilitarlo con un extintor cargado con óxido de nitrógeno que lo tendría riéndose toda la noche. Por mi parte y antes de ponernos serios propuse usar el desfibrilador a modo de pistola de descarga

MOTIVADO (Febrero 2012)

eléctrica y con un corrientazo dejarlo fuera de combate. Viendo que no nos entendíamos entre nosotros, discutiendo la dosis necesaria y el método a emplear para inmovilizar aquel amasijo de musculatura, el Jefe Médico llamó al orden y al final consensuamos entre todos, a riesgo de dejar a la planta desprotegida, contar con los servicios de los celadores de la planta primera, donde se encuentran internados los enfermos psiquiátricos.

Fue uno de ellos, al que en su planta llaman "El Pit Bull" y que más tarde bajó por Urgencias con una costilla flotante abatida de un gancho que recibió por parte del enfermo, quien me contó que cuando el enfermo se vio acorralado apuntó para el cinturón de su compañero y le dijo: ¿Para qué quieres eso? ¿Para sujetarte los pantalones? A mí concretamente, cuando fallé el primer guantazo que quise propinarle, continuó El Pit Bull, que por su cabeza rapada y tatuajes para mi gusto que se ha de dedicar al King Boxing, me dijo: para pegarme, primero vas a tener que encontrarme. Si solo es la costilla, le digo la verdad doctor, me contó cuando le enseñé en la radiografía los efectos del puñetazo en su flanco derecho, he escapado bien; con decirle que llegué a tomarle en serio cuando tras el primer forcejeo se zafó y me encaró diciendo: si vas a luchar contra mí, lo mejor será que aumentes la prima de tu seguro de vida.

No me digas que aún está el enfermo encerrado en esa planta, comentó con cierto enfado mi compañero que seguía, al igual que el resto del equipo entrante, con atención la historia del paciente que tan mala noche nos había hecho pasar. Date prisa y abre la historia clínica de ese individuo a través del ordenador, por favor. ¡Vamos, rápido! Parece mentira que no se hayan dado cuenta. ¿Cuenta de qué? le dije. Mira si en sus antecedentes recogieron si practicaba algún deporte. Aquí no hay nada al respecto, le contesté. Si lo hubiesen hecho habrían caído en la cuenta de que el enfermo simplemente tuvo un síndrome de deprivación. Me juego lo que sea a que ese paciente es un boxeador profesional. No me extraña, le interrumpí, todos andan medio tocados de la cabeza; no vengas ahora con boberías, ¿Cómo puedes saber tú eso? Es muy simple, me contestó, todas las frases que les dijo a los celadores pertenecen a Mohamed Alí. Las dos primeras sentencias se las dijo a Sonny Liston, una de ellas refiriéndose al cinturón de campeón que éste llevaba consigo y la del seguro de vida se la decía a sí mismo. No sabía de tu afición a un deporte de combate siendo médico como eres. Y que tiene que ver eso, se defendió, si se fijaran en la nobleza que hay en ese deporte, y no solo en quienes sacan los carteles de los asaltos y los apoderados con sus puros, se darían cuenta de lo limpio que es, aunque de él no se oigan sino los amaños y los tongos.

Entonces, le pregunté, qué solución hubieses dado tú. En primer lugar, me dijo, acércame ese teléfono para llamar al psiquiatra de planta y explicarle la situación. No tiene sentido tener a esa persona aislada en esa planta; si hace falta voy yo y hablo con él. Mientras marcaba el número, algo más sosegado nos comentó: el fallo estuvo en haber apagado el televisor, ya que desencadenó el síndrome; solo había que haber bajado el volumen, pero una vez iniciado el proceso lo más oportuno hubiese sido conducirlo hasta aquí al lado, al Servicio de Rehabilitación, donde lo más probable es que él hubiese disfrutado con cualquier cuerda saltando a la comba, con algún foco haciendo sombras y con los espejos de la sala mejorando la técnica. Una vez cansado y habiendo eliminado la tensión acumulada viviendo toda una tarde de boxeo, hubiese vuelto a su habitación sin mayor obstáculo.

MOTIVADO (Febrero 2012)

¿Y que tiene que ver todo esto con el haber apagado la tele? le dije.

Que a esa hora, él como yo, como cualquier buen aficionado al boxeo, estaba viendo el ciclo de cine de boxeo que está emitiendo la televisión local y desde las cinco de la tarde debió estar pegado a la tele, cuando empezó la primera película. A esa hora de la noche estaban reponiendo Rocky Balboa, sexta y última de la serie y el paciente simplemente estaría demasiado motivado.